



2026: 50 ANIVERSARIO DEL INACIPE

Hay instituciones que se explican mejor por sus símbolos que por sus organigramas. El logotipo conmemorativo del INACIPE por sus 50 años es una identidad unificada que integra dos elementos que antes existían por separado —una figura compuesta por fragmentos en tensión y un emblema de círculos concéntricos, sobrio y centrado— y añade un tercero: el signo de “50 aniversario (1976–2026)”. Leído como un conjunto, el logotipo se convierte en una metáfora de lo que son (y deben ser) las ciencias penales: un saber que vive entre las huellas dispersas de la realidad, el límite normativo que vuelve legítimo el poder de castigar y la responsabilidad histórica de sostener esa tensión en el tiempo.

El componente “fracturado” evoca la intuición epistemológica básica de que el delito no se presenta como un objeto entero y transparente, sino en pedazos —testimonios que iluminan y oscurecen, rastros que exigen contexto, llamadas, registros, videos, ausencias y silencios—. Por eso, la investigación penal, si aspira a ser ciencia y no improvisación, consiste en recomponer un mosaico sin inventar piezas. De esa tarea depende cómo construimos conocimiento sobre hechos pasados, con límites cognitivos y sesgos siempre al acecho. Hoy el carácter fragmentario se intensifica. El mundo digital multiplicó huellas (metadatos, geolocalizaciones, cámaras, comunicaciones) y, con ellas, el riesgo de confundir cantidad con verdad; el fragmento contemporáneo exige método, crítica y prudencia.

Ese mismo trazo hecho de piezas sugiere la interdisciplinariedad de las ciencias penales: el fenómeno criminal no se deja capturar por una sola mirada; la dogmática necesita a la criminología, ésta a la estadística, la prueba a la ciencia forense, la forense a la cadena de custodia y a la teoría del caso, y todo ello requiere una filosofía política capaz de responder la pregunta incómoda: ¿cuánta violencia puede administrar el Estado en nombre de la justicia? En un contexto de macrocriminalidad, corrupción compleja, violencia letal, violencia de género, cibercriminalidad y economías ilícitas, la realidad se presenta como esa figura, múltiple, áspera, no lineal; las ciencias penales que importan son las que leen esa complejidad sin rendirse al ruido.

Los círculos concéntricos cambian el tono. Recuerdan que el derecho penal no es sólo una técnica para perseguir, sino un sistema de contención. El círculo es foco y frontera. Foco, porque el método exige centro —criterio rector, pregunta guía, hipótesis verificable, teoría del caso como estructura probatoria—; y frontera, porque también dice “hasta aquí”. El poder punitivo tiene un borde moral y jurídico que se llama legalidad, culpabilidad, proporcionalidad, debido proceso, presunción de inocencia y

respeto a la dignidad humana. En suma, la justicia penal sólo es justicia si se autocontrola.

Así surge la analogía decisiva. En el logotipo unificado, el componente fragmentario representa el mundo del ser (lo ocurrido, rastreable, interpretable, discutible) y los círculos concéntricos, el mundo del deber ser (norma, garantía, límite entre persecución legítima y abuso). Las ciencias penales existen para evitar dos tragedias simétricas: que la fragmentación produzca impunidad por incompetencia y que la obsesión por resultados produzca injusticia por exceso.

Esa tensión es hoy más urgente. La presión social por eficacia convive con riesgos concretos —inferencias débiles, pruebas digitales sin trazabilidad, periciales sin método, entrevistas que contaminan el recuerdo, decisiones que sacrifican garantías por rapidez o formalismos que sirven de coartada para no investigar.

En ese punto, el tercer elemento —50 aniversario 1976–2026— adquiere un sentido más profundo que lo conmemorativo. Introduce el tiempo y la memoria institucional. Recuerda que la justicia penal no se reinventa cada sexenio ni se improvisa caso por caso; es una construcción generacional hecha de aprendizajes, errores reconocidos y estándares afirmados.

El aniversario subraya que la tensión entre reconstruir (mosaico) y contener (círculo) no es un dilema momentáneo, sino una tarea permanente. Cada generación recibe fragmentos —nuevos delitos, nuevas tecnologías, nuevas violencias— y debe ordenarlos sin traicionar el límite que legitima el castigo.

Leído desde su emblema conmemorativo, el INACIPE tiene, a 50 años de distancia, una tarea contemporánea clara: enseñar a construir conocimiento con piezas dispersas y, al mismo tiempo, enseñar a detenerse ante el límite.